

## 5. El sentido de las cosas de Dios

“¡Eres para mí piedra de escándalo, porque no piensas como Dios, sino como los hombres!” (Mt 16,23). Se podría traducir al pie de la letra: “Eres para mí piedra de escándalo porque no tienes el sentido de las cosas de Dios sino el de las cosas de los hombres”. San Pablo dirá, en este sentido, pero usando otro término: “Nosotros tenemos el pensamiento de Cristo” (1 Cor 2,16). Este genitivo de pertenencia debería orientarnos. ¿A quién pertenece mi pensamiento, a quién pertenece mi juicio, mi sentimiento, de quién es el sentido de las cosas, la “sabiduría” que dirige mi vida, mis elecciones, mi querer o no querer? ¿Es “de Dios” o es “de los hombres”, es decir, mundano?

Cuando María y José encontraron a Jesús a los doce años en el Templo, lo han reprendido por haber tomado otro camino con respecto al ordinario, al normal, al que ellos seguían, por haber hecho una elección que escapaba de sus determinaciones. Jesús respondió en el mismo sentido con el que corregirá a Pedro: “¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). Jesús estaba todo él dentro de la pertenencia al Padre, por esto se quedó en el Templo, así como se quedará todo él sometido a María y a José en Nazaret (2,51a), porque también su familia humana era *una cosa de su Padre*, con quien quería estarse hasta el fondo.

Así pues, este es el sentido de la pertenencia al Padre que Jesús pide a Pedro y a los suyos, y lo pide hasta el fondo del corazón, del pensamiento que mueve y determina en nosotros la libertad, las elecciones, las decisiones, los juicios, que después mueven el decir y el hacer de una persona. Lo pide hasta el sentido que damos a nosotros mismos y a toda la realidad.

Fijémonos que cuando Jesús pidió a sus padres la prioridad de ser todo del Padre, de ser todo dentro de la pertenencia al Padre, María comenzó inmediatamente un trabajo interior y, por lo tanto, de pensamiento, de juicio, de conformar su libertad a la verdad revelada por el Hijo: “Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2,51b).

El chico marchó enseguida con ellos de Jerusalén, y les estaba sometido, pero para María lo acontecido no era una broma bien finalizada, para olvidar. Las palabras de Jesús le hicieron dar un salto de conciencia, de posición del corazón, del sentido del vivir, y del vivir con él, y desde este punto sabía que no podía volver atrás, que en esto debía seguir a Jesús hasta el fondo, porque también Jesús iba siempre más adelante en su dedicación a las cosas del Padre, aun quedándose con ellos como antes. Los pensamientos del corazón de María guiaron cada vez más su libertad a seguir la obediencia de Jesús al Padre como camino de su vocación.

Unos veinte años después, María no habría reaccionado como Pedro al anuncio de la Pasión, porque toda su vida formó en ella los pensamientos de Dios, más preocupados de aceptar que de comprender todo.

En efecto, tener el sentido de las cosas de Dios quiere decir más bien una disponibilidad del corazón, una apertura al designio de Dios, por lo tanto, una condición de la libertad, una concepción de la propia libertad, que una comprensión o una concepción de lo que debe o no debe suceder. Es una posición del corazón, de la libertad, en el presente, que se mantiene ahora en Cristo, para poder seguirlo hasta el final del futuro, que cambia totalmente si mi presente se abandona, aquí y ahora, a las cosas de Dios, al sentido de las cosas de Dios.

Pensad qué cambio de conciencia, qué profundización de conciencia, han provocado las palabras de Jesús a los doce años en María, y seguramente también en José. ¡Es impresionante pensar en ello! Exteriormente todo quedó igual, su vida cotidiana permaneció igual, hasta el punto que ningún Evangelio canónico nos da novedades durante al menos otros veinte años. Antes eran ya ciertamente conscientes del misterio, pero hasta aquel día María meditó en las palabras del ángel, en aquello que había acontecido en Belén, o en las palabras de Simeón y Ana en el Templo; y José, aún más silencioso, meditó él también en las palabras del ángel, y en sus advertencias dadas en sueños para salvar al Niño. Pero hasta aquel episodio de Jesús a los doce años, no había surgido nada de Jesús que fuera de particular, como gustan crear los hagiógrafos para la infancia de los santos.

Aquel día en el Templo, el Verbo de Dios abre la boca, habla, y dice una cosa que trastorna el curso normal de su vida, aunque eran ya conscientes de que era el Mesías y el Hijo de Dios. Ciertamente, María estaba siempre a la espera de lo que sería de Él. Sin embargo, aquel día no se esperaba una novedad, no se la esperaba así. Vivió aquella circunstancia y habló como cualquier madre lo habría hecho, con la misma ansiedad, con la misma angustia, quizá también con el mismo resentimiento impaciente, la misma desorientación que experimentan los padres ante las incongruencias de los adolescentes. Y Jesús que la mira, que no se excusa, que tiene ya la autoridad de pedirles un salto de sentido, de conocimiento, que interpela a María y a José pidiéndoles que den un salto de adaptación a Su vocación y misión. Justamente como acontecerá con Pedro y los discípulos cuando les diga que tendrá que padecer, morir y resucitar para salvar al mundo. Pedro necesitaba una llamada fuerte como un cañonazo, necesitaba un puñetazo en el estómago para dar este salto de sentido, de conocimiento. A María y a José, totalmente disponibles al designio del Padre, ya abiertos a la escucha del Padre, les bastó una delicada llamada, una sencilla pregunta, mejor aún, dos preguntas unidas: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49)

Lucas anota: “Pero ellos no comprendieron las palabras que les había dirigido” (2,50).

Después, como decía, vuelve la vida normal, cotidiana, banal, silenciosa, fiel, pobre, escondida, por veinte o más años. “Bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto” (Lc 2,51). Y Lucas añade inmediatamente que María “guardaba todas estas cosas [literalmente: todas estas *palabras*] en su corazón” (ibidem).